

# Los pecados capitales en el ferrocarril



Por FERNANDO DIAZ-PLAJA

## 4. LA LUJURIA

**A** MPLIEMOS un poco el pecado arrancando desde lo simplemente amoroso, es decir, desde la atracción de la mujer por el hombre, y viceversa, sin la obligación de relaciones sexuales.

—¿Qué es aquesto?

—¿Qué ha de ser?

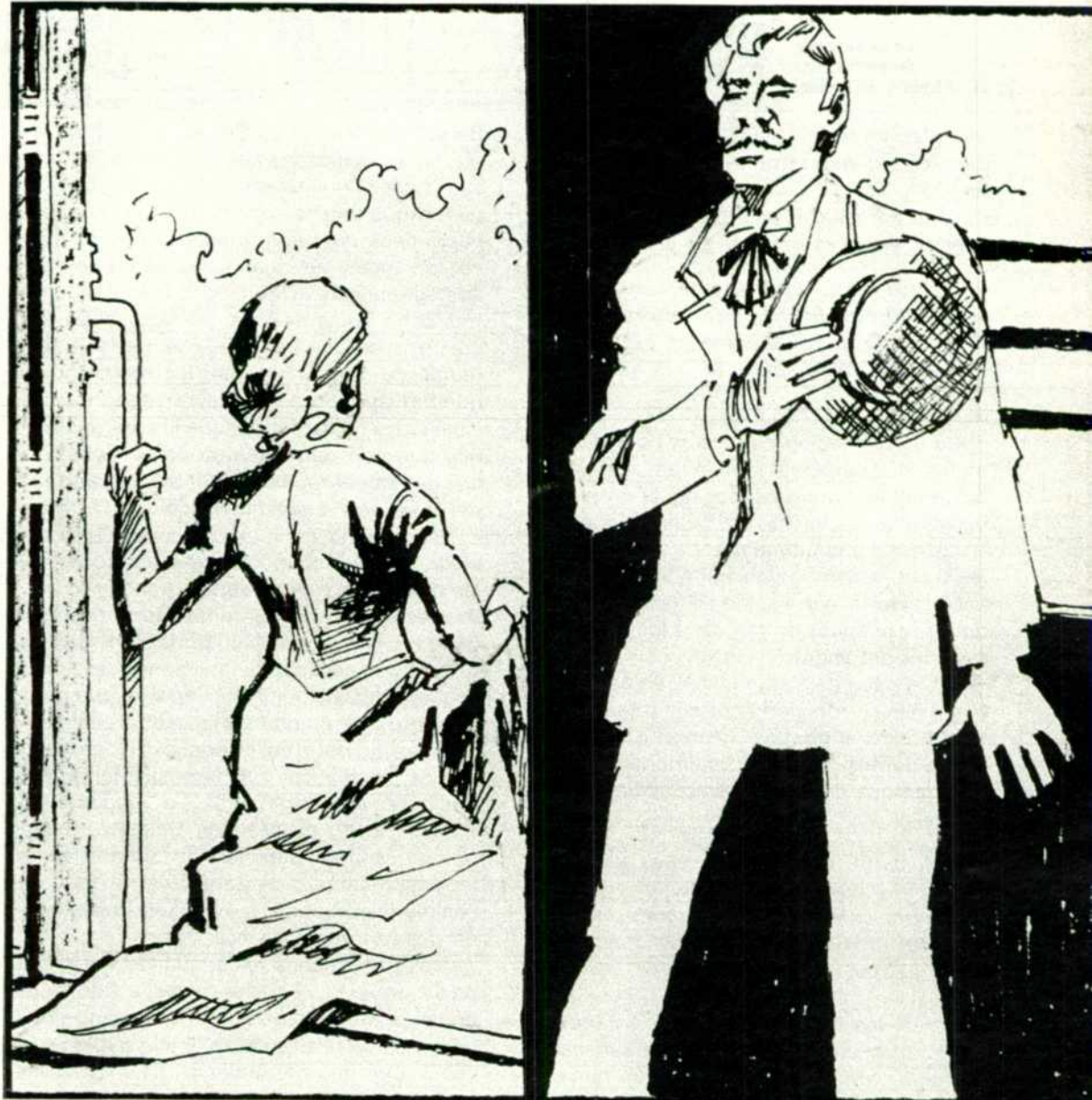
un hombre y una mujer

decía el Don Juan de Tirso cuando le sorprendían con una dama. Evidentemente, el hombre y la mujer como elementos que se buscan normalmente son la base de muchas felicidades... y de muchos dramas.

El Burlador de Sevilla viajaba mucho, y en su constante marcha, que algún psicólogo ha señalado como huida de sí mismo, va de lado a lado en busca de un amor imposible; imposible porque él, si pide mucho, es incapaz de dar nada, con lo cual todos sus amores quedan incompletos, mancos. Y en ese viaje constante, el Burlador encuentra la aventura en el camino, en la posada, en el barco... Por razones obvias no las encontró en el tren, que ha sido y es la gran Celestina de los tiempos modernos.

Porque, para empezar, "fija la pieza": los donjuanes siempre necesitan tiempo para conquistar y el tren se lo da largamente. En un tren antiguo, los seres humanos podían pasar horas sentados frente a frente y la preparación psicológica de la conquista resultaba fácil. Con la mirada podía decirse toda una declaración amorosa y luego la acción sólo necesitaba subrayarla...

En España, el más conocido amorío ferroviario ocurrió en el "Tren Expreso" de Campoamor, pero existe otro que nació unos años antes de la pluma de Bécquer en "Cartas desde mi celda"; una bella comparte el viaje del poeta: "La aproximación de aquella mujer hermosa que yo sentía aun sin mirarla, el roce de su falda de seda que tocaba



"... No se atreverá a hablar a la muchacha...".



La costumbre de emprender el viaje de bodas.

mis pies y crujía a cada uno de sus movimientos... comenzaron a influir en mi imaginación".

Algo parecido le ocurrirá a Campoamor, aunque esta vez se diga en verso:

*"¡Cosa rara!, entre tanto,  
al lado de mujer tan seductora,  
no podía dormir, siendo yo un santo  
que duerme, cuando no ama a cualquier  
[hora]"*.

La aproximación de ambos poetas al tema es muy parecida, pero la reacción posterior, muy distinta. Bécquer no se atreverá a hablar a la muchacha, y al bajar del coche...

"... dirigí una última mirada a aquella mujer, quien acaso no volvería a ver más y que había sido la heroína de mi novela de una noche, y después de saludar a los compañeros, salí del vagón".

En el caso de Campoamor, en cambio, sí hay diálogo —iniciado por ella (también era algo tímido el poeta)—, con el intercambio de recuerdos tristes y, finalmente, la carta más famosa de las letras españolas, la que empieza:

*"Mi carta, que es feliz, pues va a bus-  
[caros,  
cuenta os dará de la memoria mía;  
aquel fantasma soy que por gustaros  
juró estar viva a vuestro lado un día]"*.

N las dos historias, una en prosa y otra en verso, el tren ha servido de "tercera" amable, de ambiente en que empezar a charlar y a conocerse dos personas; evidentemente, en los viajes largos: Madrid-

Barcelona, Madrid-La Coruña o Madrid-Cádiz, las posibilidades de relación son inmensas. Y ese conocimiento se hace mayor si se piensa que una persona confinada en un espacio tiene más oportunidades de mostrarse con todas sus cualidades como con todos sus defectos. Se conoce más a alguien tras ocho horas de tren que tras veinte encuentros de una hora cada uno en la calle, reunión o fiesta. Por ello, los matrimonios que han surgido de un viaje tienen más posibilidades de ser felices que los otros. Es difícil que con tanto tiempo no se noten las arrugas del alma, como surgen las arrugas del traje por la postura física.

Eso cuando las intenciones son honorables..., porque cuando el viaje es nocturno, las que lo son menos tienen grandes posibilidades en los coches-cama. Quizá después de la ira, que ya mencionamos en otro capítulo con su secuela de la violencia, el amor, con su secuela lujuriosa, sea lo que más presente esté en un tren lanzado a cien kilómetros por hora en la noche. No en vano una de las novelas más famosas del primer tercio de este siglo era "La madona del Sleeping-car", de Maurice Dekobra, mientras en España aparecían las "Memorias de un coche-cama", de Zamacois. Si todo es posible en Granada, más resulta posible en un departamento de esa clase.

Durante muchos años, cuando imperaba otra moralidad, el coche-cama ha sido testigo del primer auténtico roce físico entre dos personas de distinto sexo, y ello debido a la costumbre de emprender el viaje de bodas inmediatamente después de celebrado el matrimonio. El coche-cama era el sitio indi-

cado e ideal para el primer contacto sexual entre él y ella, y así ha quedado en la memoria de ambos como una experiencia a veces traqueteante, pero siempre inolvidable.

Aparte del uso legítimo, es evidente que el coche-cama se presta, por sus características, a la aventura. Tantas puertas dando a un solo pasillo permiten todos los juegos de entrada y salida, de sorpresa y de alegría, de engaño y aun de violación. Las confusiones, volviendo de los servicios, son fáciles. ¿Era el número 23 ó 25? Y la reacción de la persona que no esperaba la visita puede oscilar entre la indignación a la sonrisa invitadora... Vista desde un extremo del pasillo esa colección de puertas, cada una albergando un misterio —altas y gordas, bajas y delgadas, jóvenes y viejas, rubias y morenas— recuerdan los vodeviles franceses, en los que tanto papel desempeñan unas hojas que abren y cierran rápidamente, según convenga al autor para provocar la risa.

N tiempos pasados era posible que un nombre propio engañase o desorientase al expendedor y que se entregase una litera a quien no le correspondía en razón de su sexo. En un viaje oí una fuerte discusión cerca de mi cabina, y más tarde, cuando estaba todo en calma, el encargado del vagón me contó la historia. Había llegado un matrimonio con sus billetes y resultaba que habían vendido ya una litera a un caballero, quien se negó a salir de ella a pesar de los requerimientos del recién llegado.

—Pero usted no va a dejar que mi esposa pase la noche en el pasillo —decía el marido—. Eso no se hace con una señora.

—Perdón, yo sería un maleducado si no le permitiese dormir en la otra litera —decía el primer ocupante—. Pero dejarle la mía a usted no tiene que ver nada con la caballerosidad.

—Pero, ¿cómo voy a permitir que mi mujer esté en el mismo departamento de un desconocido?

—Lo de desconocido se puede arreglar presentándonos —argüía el otro—, pero si usted desconfía de mí o de ella...

—¿Cómo se atreve?

—Perdón, pero como se pone usted así... ¿Por qué no se queda sentado en el pasillo junto a la puerta, con el oído pegado a ella? Pero le repito, yo le cedo sitio a ella, pero a usted, ¿por qué?

—¡Porque vamos juntos!

—¿Y yo qué culpa tengo? ¿Voy a quedarme en el pasillo yo tras haber pagado mi billete y llegado antes?

Parece ser que acabó yéndose el matrimonio a otro vagón a pasar la noche.

Las posibilidades de la lujuria en el coche-cama son grandes; por un lado, porque la estrechez del departamento favorece el roce, que nunca, como en este caso, es verdad que ayuda al cariño. Por el otro lado, existe la dificultad con los bandazos que pega a veces el tren. En los antiguos trenes de los Estados Unidos, que, como ya creo haber dicho en esta serie, eran mucho más cómodos y preparados que los de ahora, existían algunos departamentos tipo "suite", amplios y bien alhajados, con camas de hotel y un buen baño, incluso con bañera. Allí la lujuria podía verse precedida de la gula, aperitivos servidos por el amable camarero, lo que siempre facilita las cosas y disimula el propósito del conquistador al invitar a la dama "a tomar una copa" simplemente. En el otro extremo de esa comodidad están los "roomettes", que probablemente son los lugares que menos facilidades dan para el acto sexual. Como ya expliqué en otra ocasión, esos compartimientos unipersonales son muy amplios de día, cuando sentado en un ancho butacón puede uno alargar las piernas lo que quiera sin llegar a la pared de enfrente. Pero cuando en la noche cae la cama empotrada, llena absolutamente todo el espacio, hasta el punto que para subir a ella hay que salirse prácticamente al pasillo con el cuerpo protegido por unas cortinas que están además de la puerta corrediza. Me imagino que una aventura en la que después de charlar haya que realizar la operación de bajar el lecho y luego que salgan los dos arropados en la cortina hasta conseguir encaramarse, resultaría escandaloso y un tanto cómico por los que pasaran en ese momento por el pasillo...

Y a propósito de cortinas en los trenes americanos, yo no lo he alcanzado, pero, como todos, he visto en películas como "Con faldas y a lo loco" esa doble hilera de literas "drapeadas" en donde cualquier intento de visitar nocturnamente a la señora del piso de arriba es descubierto por el vecino o ve-



"Se negó a salir de ella..."



"Las confusiones, volviendo de los servicios, son fáciles..."

cina del piso de abajo, ante cuya litera se tiene que pasar inexorablemente al subir por la escalerilla. No sé si en esos casos habría que saludar correctamente:

— Buenas...

... al ver asomarse la cara sorprendida o fingir que no se ha visto a nadie. Y la misma duda surge probablemente en el vecino.

**E**N términos generales, la lujuria, como cualquier otro pecado, actúa de acuerdo con las facilidades que las circunstancias y el ambiente le dan. Antes sólo los

departamento, y metidas ya en la cama, a dos señoras que mostraban su camisón de noche, junto a los brazos desnudos por encima del embozo, además de un niño de corta edad y de un caballero que resultó ser marido de una de ellas, padre del niño y cadete del Ejército soviético. Tras unos minutos de duda, y siguiendo el refrán "donde fueres, haz lo que vieres", me fui al lavabo con mi pijama, me lo puse, me instalé en la cama libre y, tras hablar un rato cruzando difícilmente la barrera de lenguaje, me eché a dormir. Al día siguiente, nueva operación de

ballero siguió impertérrito, y cuando ella, dispuesta a todo, le invitó claramente a una fiesta íntima, le contestó con un rotundo "no". "Muy bien —contestó la muchacha—, pues ahora me vas a dar cinco mil pesetas por las buenas o empezaré a gritar que has intentado violarme aprovechando que estábamos solos". El señor se encogió de hombros; ella, entonces, se desgarró el vestido, se despeinó dramáticamente y empezó a chillar pidiendo auxilio. Lógicamente, se llenó el departamento de viajeros, a los que siguieron los empleados del tren y la



"... y mostró el puro verticalmente..."

privilegiados iban tumbados en el coche-cama, mientras los demás iban sentados, posición en la que los escarceos amorosos son difíciles y frustrantes. Luego nació la buena costumbre de las literas, donde uno puede dormir tendido, lo que cambia totalmente el panorama del viaje; la diferencia de pasar la noche sentado a yacente es increíble, como atestiguaría cualquier par de riñones que pudiera contestar a la pregunta.

En ese tipo de departamento se queda uno vestido, apenas desabrochándose bajo la manta protectora del frío y de las buenas costumbres, por lo que, aunque exista una cercanía física, la lejanía moral es enorme. Nadie puede deslizarse de una litera a otra sin alborotar a todo el vagón...

Esa diferencia de los trenes occidentales: cama (puede uno desnudarse y ponerse el pijama), litera (quítese como mucho los zapatos y el cinturón) tiene una réplica curiosa en los ferrocarriles de la URSS, donde me llevé una gran sorpresa al encontrar en mi

lavabo-vestido (en esta ocasión de calle) y vuelta. Creo que es el único país donde existe esa intimidad entre perfectos desconocidos.

Y para terminar hablando de la lujuria no tenemos más remedio que referirnos a las profesionales de ella, que, aunque encuentran más fácil hacer su "carrera" en barcos, también a veces intentan desarrollar su cometido en un vagón de ferrocarril. O quizá al trasladarse de un lugar a otro quieren aprovechar su tiempo para que alguien pague su transporte.

**S**EGUN me contaron hace tiempo, una de esas "señoras" se sentó en un compartimiento frente al único ocupante, un hombre de mediana edad, con quien intentó entablar conversación. En vista de que él se mostraba un poco reacio, se decidió a crear una atmósfera adecuada a sus propósitos escotándose y subiéndose la falda mientras sonreía provocadoramente. El ca-

pareja de la Guardia Civil; todos oyeron entre sollozos que la muchacha acusaba al viajero de enfrente de haber intentado salvajemente abusar de su virtud. La pareja de la Guardia Civil, ante esa denuncia, no tuvo más remedio que invitar al acusado a acompañarles a otro lugar del tren hasta que llegaran a la primera estación, y entonces el señor, que había estado callado ante los gritos, dijo:

— Les acompañaré con mucho gusto, pero antes de hacerlo les agradecería que comprobasen una cosa. La señorita sostiene que yo la he atacado y que ella se ha defendido briosamente, ¿es así?

— ¡Así es!, ¡canalla! —gritó ella.

— Muy bien. Pero si hubo esa lucha, ¿cómo se explican ustedes que yo pudiese mantener la ceniza de este cigarro así?

Y mostró el puro verticalmente con un largo copete de ceniza erguido.

Los guardias se la llevaron a ella, claro. ■  
F. D.-P. ilustra: MENDOZA.